

eTerciopelo

A DOS VELAS



VI KEELAND

eTerciopelo

A DOS VELAS



VI KEELAND

A dos velas

Vi Keeland

Traducción de Nieves Calvino Gutiérrez



TERCIOPELO

Índice

Portadilla

A dos velas

Créditos

Sexo.

Cuatro sencillas letras.

Un sinfín de complicaciones.

Estaba preparada para practicar sexo. Y no sexo sin más, sino una maratón sexual durante toda una noche, empleando a fondo uñas y dientes, sudando hasta quedar resbaladiza. ¿Acaso era pedir demasiado?

Había pasado mucho tiempo.

Mucho, muchísimo tiempo.

Una sequía de esas que hacía que me rascara la cabeza mientras trataba de recordar la última vez que había estado con un hombre.

¿Un año?

¿De verdad hacía tanto?

No era de extrañar que por fin estuviera tomando las riendas del asunto en mis propias manos. Bueno, en realidad hacía mucho que había tomado las riendas a ese respecto. Ya era hora de que las manos de otro participaran. Aunque una sola mano no era ni de lejos suficiente para aplacar el deseo que sentía.

Necesitaba un hombre.

Una noche con un hombre grande, fuerte y duro como una piedra que me agarrara del pelo y me follara contra la pared.

Solo esperaba que Evan Little fuera el hombre indicado para dicha tarea. Más aún, esperaba averiguar muy pronto si su apellido era algo irónico en vez de un preludio con un título acertado*.

Evan me había invitado a salir cinco veces. Nos habíamos conocido en lados opuestos de una sala de justicia. Después de discutir durante dos semanas un caso muy mediático, saltaban tantas chispas que pensé sin lugar a dudas que el sofisticado fiscal del distrito me aplastaría contra la pared cuando nos encontramos solos en el ascensor al finalizar el juicio.

Pero fue un caballero. En su lugar me estrechó la mano, me felicitó y me invitó a cenar. Habían pasado seis semanas desde la primera cita. Semanas

repletas de cenas caras, agradable conversación y el lote completo que conlleva un galante cortejo que algún día podríamos contarles a nuestros nietos.

Era muy dulce. Pero tanta galantería y tan poco sexo hace de Evan un tío aburrido. Y hace que Ava se compre un paquete de pilas gigante de oferta en Target.

Es que no lo entendía. Hasta había ido a su casa las últimas veces después de cenar... con la esperanza de tomar un pequeño postre. Pero nada de nada. Un perfecto caballero. Hasta continuó charlando sobre delitos de conducta inmoral cuando empezaron de nuevo los golpes y gruñidos al otro lado de la pared de su apartamento. Por lo visto, Evan ni se inmutó mientras yo escuchaba al ruidoso vecino sacudiendo las paredes. El sonido de aquel entrecortado gruñido hizo que cruzara las piernas unas cuantas veces para aliviar la comezón entre mis muslos.

Dado que estaba claro que Evan no captaba las indirectas, decidí que era el momento de adoptar un enfoque más directo. Ya no estábamos en 1952, sino en 2018. ¿Por qué tendría que quedarme sentadita en casa a esperar a que el hombre tome la iniciativa? Por Dios bendito, era una mujer del siglo XXI. Tenía un vibrador. Utilizaba la palabra «joder» en una conversación informal con la misma soltura que cualquier hombre. Mi mesilla de noche estaba bien abastecida de condones. Soy una mujer, oídme rugir.

Terminadas mis palabras de ánimo, aparqué mi Mercedes nuevecito y el fresco aire nocturno me recibió al bajarme frente al alto edificio de apartamentos de Evan. La noche era inusualmente fría para el mes de junio en Boston, lo cual ayudaba a que la gabardina que llevaba puesta resultara un poco menos llamativa.

El reloj indicaba las 11:52 de la noche; llegaba un poco pronto, pues todavía faltaban ocho minutos para el vigésimo noveno cumpleaños de Evan. Pero el ascensor de la torre de apartamentos construida antes de la guerra solía ser lento y yo estaba indiscutiblemente nerviosa.

Tras abrocharme el cinturón de mi larga gabardina negra de Burberry, levanté la mirada hacia el apartamento de Evan desde la calle. El apartamento en esquina en la última planta. Había luz en su dormitorio.

Un chute de adrenalina corrió por mis venas al imaginar qué haría Evan cuando dejara que mi gabardina resbalara de manera provocativa por mis hombros. Había elegido lencería negra a propósito, ya que esta noche iba a

hacer el papel de seductora. Por lo general, preferiría algo más femenino y delicado, pero esta noche mi aspecto reflejaba lo que era: una vampiresa.

El corsé de encaje negro a duras penas retenía mis voluptuosos pechos, el tanguita a juego dejaba aún menos a la imaginación. Las medias negras hasta medio muslo con ligero y los zapatos de tacón de aguja de casi trece centímetros elevaban el atuendo de sexi a pecaminoso. Incluso me había tomado la molestia de peinarme y maquillarme de un modo sofisticado, secándome el cabello con la cabeza hacia abajo para conseguir el máximo volumen y aplicándome una capa más de rimel negro, que hacía que mis ojos azul claro parecieran más impresionantes que de costumbre.

A la tierna edad de solo veintiocho años, era la jefa en el trabajo. Había montado mi propio bufete al salir de la facultad de derecho. Cinco años después, mi bufete daba trabajo a catorce hombres y mujeres. Me encantaba estar al mando en la oficina; ni siquiera podía imaginar que fuera de otro modo. Pero en el dormitorio siempre había preferido un hombre fuerte que asumiera el control. Sucumbir a los licenciosos deseos de un amante me aportaba cierto equilibrio.

Por desgracia, se me había agotado la paciencia con Evan. Esperaba que mi visita sorpresa, llevando puesto un regalo de cumpleaños que esperaba que a él le encantara desenvolver, pudiera darle pie a abandonar su conducta indiferente.

La ligera y persistente reticencia que había sido capaz de dominar mientras me preparaba empezó a asomar su fea cabeza de nuevo cuando abrí la puerta del vestíbulo. Los pasillos estaban en silencio, algo que sin duda agradecía, y el ascensor, que para variar, se encontraba en la planta baja, me llevó arriba en cuanto me subí a él.

Al llegar al piso veintidós, inspiré hondo y salí del ascensor, recordándome que era una mujer ilustrada. Sí, así era, la mujer de este siglo, segura de sí misma, decidió que era el momento de otro discurso motivacional. A fin de cuentas, no todos los días una mujer se cruza la ciudad casi medio desnuda debajo de una gabardina para seducir a un hombre con el que aún no se ha acostado.

A medida que me aproximaba a la puerta, por primera vez se me pasó por la cabeza que en realidad no había considerado qué iba a decir cuando Evan me abriera. A decir verdad, esperaba que no hicieran falta palabras una vez que me desabrochara el cinturón y dejara que echara un vistazo a mi atuendo.

Llamé con discreción a la puerta, pues sabía que el timbre no funcionaba. Sonaba música de fondo, así que esperé y luego llamé de nuevo. Esta vez con más vigor. Seguí sin obtener respuesta.

Por sorprendente que parezca, el pomo de la puerta cedió cuando intenté abrir.

—¿Evan? —dije sin alzar la voz mientras la puerta se abría despacio. Creí oír a lo lejos el familiar sonido del agua corriendo en la ducha. Di algunos pasos más y el ruido del agua repicando contra el suelo del baño se tornó más nítido. Cerré la puerta con cuidado después de entrar.

Esboqué una sonrisa al pensar que esto era todavía más perfecto de lo que podría haber imaginado. Él ya estaba desnudo y, si mi imagen en el espejo del salón al pasar me decía la verdad, con una sola mirada estaría desnudo y bien duro.

Me desabroché la gabardina y la dejé caer a mis pies. Pasé por encima y, tras ahuecarme el cabello, me acerqué al sonido del agua.

Oí un ruido, pero hasta más tarde no me percaté de lo que era. Mi cuerpo estaba demasiado ocupado vibrando de impaciencia por lo que estaba por llegar como para permitir que algo me distrajera.

Abrí la puerta del cuarto de baño muy despacio. Evan estaba de espaldas a mí, pero pude ver su prieto trasero desnudo a través de la empañada puerta de cristal. Todavía no me había oído entrar. Me acerqué un paso mientras me relamía los labios y deslicé la empañada puerta corredera de cristal con cuidado. El vapor que me impedía ver con claridad su prieto trasero escapó en una nube y la imagen cobró nitidez.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ese culo se movía con fuerza, penetrando a la mujer que tenía apretada contra la pared de azulejos.

La mujer gritó.

Evan se dio la vuelta.

—¡Ava! —chilló.

A partir de ahí todo se tornó confuso. Salí pitando del cuarto de baño, oí gritos e improperios a mi espalda, pero no me detuve para tratar de discernir las palabras. Lo único que me importaba era salir de allí.

Cuando llegué a la puerta, Evan ya había salido de la ducha y venía detrás de mí.

—¡Ava, espera!

Pero no lo hice. Humillada, corrí tan rápido como me fue posible. Salí por

la puerta, recorrí el largo pasillo y apreté el botón del ascensor de manera frenética, como si apretarlo cincuenta veces hiciera que este fuera más rápido.

Por suerte, las puertas se abrieron y me monté justo cuando Evan salía del apartamento, con una toalla alrededor de su traicionera cintura mientras me llamaba a gritos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba sola.

Y...

No me había parado a recoger mi gabardina.

Las puertas se cerraron y, sin otra alternativa viable, miré al frente, tratando de comportarme lo mejor que pude como si fuera una persona normal y estuviera vestida. Rogué a Dios que bajara y me llevara con él. «Dios, ¿estás ahí? Soy yo, Ava. Por favor, te ruego que me libres de mi sufrimiento.» ¿Era posible morir de humillación? Casi seguro que tenía que serlo.

Quien fuera que estuviera detrás de mí tenía una estupenda panorámica de mi culo. Podía oír su respiración, pero me negué a darme la vuelta y saludar a la persona ante la que me estaba exhibiendo. El corazón me latía con gran estruendo, el rugido de mi sangre en los oídos hacía que me costara oír.

—¿Estás bien? —preguntó el otro ocupante del ascensor a mi espalda.

El ocupante masculino. «Señor, te imploro que me tragues ya.»

—¿A ti te parece que estoy bien? —Exasperada, mis palabras surgieron tan crispadas como me sentía.

El ascensor quedó en silencio durante un minuto. Esa maldita máquina no se movía.

—Pues yo te veo muy bien desde donde estoy. —El ocupante tuvo la desfachatez de reírse entre dientes.

Al cuerno con la humillación. Ese comentario...

Me giré para enfrentarme a él, echando chispas por los ojos y con una expresión amenazadora. Cuando mi vista se aclaró en medio de la oleada de ira, vi por primera vez al hombre con el que compartía el reducido espacio.

Y el espacio se estaba haciendo más pequeño a cada minuto que pasaba.

¿En serio? Seiscientos cincuenta mil habitantes metidos en la minúscula ciudad de Boston y el que está en el ascensor a medianoche, un martes, nada menos, tenía que ser increíblemente guapo. Su atractivo pareció cabrearme todavía más.

Ví que su mirada descendía para abarcar todo mi atuendo. Era un sueño húmedo con patas de la cabeza a los dedos de los pies. Un sueño húmedo con

patas furioso, resentido, falto de sexo y que pronto tendría treinta años.

—No llevarás una sudadera ahí, ¿verdad? —Miré la bolsa de la compra que el ocupante llevaba.

Sus labios se movieron como si le hiciera gracia, pero se contuvo enseguida.

—Imagino que no quieres salir de aquí de esa guisa.

—Vaya, ¿qué te hace pensar eso? —repliqué con desdén.

Sin mediar palabra, se sacó la camiseta por la cabeza con un tirón rápido y de repente el ocupante masculino estaba enseñando tanta piel como yo.

Y qué piel tan afortunada era al cubrir todos esos músculos. Mi ira se aplacó un poco debido al festín con el que mis ojos se estaban deleitando. No era la primera vez que veía una tableta, hasta tenía la mía propia debajo del encaje del corsé gracias a mi extenuante cita con un entrenador personal seis días a la semana. Pero lo del ocupante masculino parecía del todo inconcebible. Aquellos marcados y duros contornos parecían falsos... y absolutamente deliciosos. Mantuve las manos a ambos lados de mi cuerpo, pues temí que las ganas de tocar aquella cincelada piel color aceituna se impusieran.

—Toma. Cógela.

Fruncí el ceño, perdida en algún punto entre los pectorales y los oblicuos.

—Póntela.

De vuelta a la realidad, cogí la camiseta y me la puse por la cabeza. Estaba caliente y me llegaba casi hasta las rodillas, aunque yo misma medía poco más de un metro setenta y cinco.

—Gracias.

—¿Estás bien? —preguntó de nuevo. La segunda vez no estaba coqueteando. Parecía preocupado de verdad.

—Estoy mejor ahora que no tengo el culo al aire. —Intenté parecer despreocupada, pero la descarga de adrenalina que me impulsaba estaba a punto de desplomarse. Sentí el peso de los últimos cinco minutos caer sobre mí a toda velocidad y lo único de lo que tenía ganas era de huir. Huir a la seguridad de mi coche. O, mejor aún, estar de nuevo en mi apartamento, con la doble cerradura echada, acurrucada en posición fetal en medio de mi indulgente cama de tamaño gigante.

—¿Por qué no nos movemos?

El ocupante se encogió de hombros.

—No has apretado ningún botón y este es mi piso.

—¿Vives en este piso? —pregunté con voz aguda.

—Vamos. Deja que te dé algo que ponerte. —Apretó el botón de abrir puertas.

Yo apreté el de cerrar.

—No puedo salir ahí.

—¿Hay alguien ahí afuera? —La furia se apoderó de su rostro, endureciéndolo hasta hacerle fruncir el ceño. Por extraño que pareciera, aquello hizo que me sintiera a salvo.

—No. No es eso.

—Entonces ¿qué es?

—Ummm... nada. ¿Puedes mirar a ver si el pasillo está despejado?

Él asintió y volvió a pulsar el botón. Dio un paso al frente y echó un vistazo fuera.

—No hay moros en la costa.

Me mordí el labio inferior. Tal vez no hubiera tomado la mejor decisión al presentarme esta noche en casa de Evan sin avisar, pero al menos tuve la sensatez de pensármelo dos veces antes de ir al apartamento de un perfecto desconocido.

—Te prometo que no soy un asesino en serie —dijo, pero yo seguía sin estar convencida—. Ni un delincuente —agregó.

—¿Cómo sé yo que lo que dices es verdad?

Él se encogió de hombros.

—No lo sabes. Supongo que tendrás que fiarte de mí.

Me debatí conmigo misma para mis adentros mientras guardaba silencio.

—Bueno. Ha sido un placer conocerte. —Él pulsó el botón en el panel y las puertas del ascensor se abrieron de nuevo—. Puedes quedarte con la camiseta.

Imaginé mi trayecto a casa. Era tarde. Tal vez consiguiera llegar a mi coche sin llamar demasiado la atención. Pero el trayecto de dos manzanas a pie desde el aparcamiento más cercano a mi edificio sería muy arriesgado. Dudaba que el portero del aparcamiento donde tenía mi coche fuera lo bastante maduro como para no hacerme una foto.

El ocupante del ascensor dio un paso fuera del cubículo.

—Espera —dije, y él se detuvo en seco—. ¿Estás seguro de que no eres un asesino en serie? Porque de verdad que mi noche no podría empeorar más.

La comisura de su boca se alzó otra vez, pero no sonrió. Meneó la cabeza.

—No soy un asesino en serie. Me llamo Smith.

Le miré.

—¿Nombre o apellido?

—Nombre. ¿Y tú?

—Ava.

Smith me tendió la mano.

—Encantado de conocerte, Ava.

Puede que el buen juicio me hubiera abandonado en ese momento, pero viendo que no me había muerto de la vergüenza, estaba en racha. Así que salí del ascensor con Smith, un asesino en serie en potencia, y miré a la derecha con aprensión, en dirección al apartamento de Evan. El pasillo estaba despejado.

—¿Estás bien? —preguntó.

Yo asentí.

El largo pasillo pareció serlo todavía más cuando tomamos la misma dirección por la que yo acababa de huir. Me detuve tres apartamentos más allá del de Evan.

—¿En qué apartamento vives?

—En el 2.201. ¿Por qué?

—Umm... solo me lo preguntaba.

Al llegar al penúltimo apartamento de la planta, el que estaba situado justo al lado del de Evan, Smith abrió la puerta y la sostuvo para que yo pasara. Entré con aire pensativo. Los asesinos en serie no suelen tener buenos modales, ¿no?

Smith encendió unas cuantas luces al pasar y fue directo a la cocina para ponerse a sacar la compra que llevaba.

Yo me detuve justo en la entrada, con la puerta a mano detrás de mí para poder salir pitando en caso de que fuera necesario. «Ay, Dios mío, estoy en el apartamento del tío de los gruñidos.» Esta descabellada situación había sido en parte culpa suya. No pude frenar mi lengua.

—¿Sabes? Las paredes de estos apartamentos son muy finas —comenté, y él frunció el ceño. Entonces mis ojos se posaron en la pared situada detrás de él, medianera con el apartamento de Evan—. Estuve en el apartamento de tu vecino. Esta última semana te he oído unas cuantas veces.

—Lo siento. A veces puedo hacer mucho ruido cuando estoy realizando una buena sesión de ejercicio.

¿Una buena sesión de ejercicio? No me malinterpretéis, claro que sonaba como si estuviera realizando un ejercicio extenuante, pero existía una forma más sutil de decirlo.

—¿Conoces al tío que vive a mi lado?

Yo asentí.

—Trabajamos juntos en un caso. —De nada servía airear mi sórdida historia al hombre que vivía en el apartamento de al lado.

Él rio entre dientes.

—¿Paredes finas? Ese tío sí que es ruidoso. La pasada semana me despertó dos veces. Bueno, en realidad no fue él. La novia es de las que grita.

Y... justo cuando pensaba que las cosas no podían empeorar más. El último resquicio de dignidad al que me aferraba era que tal vez, solo tal vez, la barbie de la ducha fuera un rollito de una noche a la que acababa de conocer. Pero el muy depravado no tenía clase. Había despertado a los vecinos con una chillona la semana pasada y a mí me había llevado a cenar hacía tres noches. Esta última información me sumió en una espiral mental. Estaba furiosa y quería atacar.

—Supongo que eso se aplica en ambos sentidos. Tus gruñidos han hecho temblar las paredes esta última semana. —Esos sonidos hicieron que me fuera a casa con la entrepierna húmeda, pero eso me lo guardé para mí.

Él frunció el ceño y después pareció encendérsele la bombilla.

—¿Me oíste? —Apuntó con el dedo índice la habitación del fondo y después la pared que separaba su apartamento del de Evan—. ¿A través de la pared? —inquirió, y yo asentí—. ¿Y pensaste que estaba practicando sexo?

¿Acaso ese tío me creía tonta? Me lo quedé mirando con expresión inquisitiva, aunque no verbalicé la pregunta.

—Estaba haciendo ejercicio. La habitación libre es mi cuarto para hacer ejercicio. A veces, cuando me cuesta dormir, entreno.

—¿Para qué entrenas?

—Soy boxeador.

Mis ojos recorrieron su pecho, todavía desnudo. Desde luego tenía el cuerpo de un boxeador. Pero había oído aquellos gruñidos con mis propios oídos. No cabía duda de que eran de carácter erótico. Aunque, ahora que lo pensaba, en ningún momento oí la voz de una mujer. Joder, con meneos así no me entra en la cabeza una mujer no gimiera.

—Ay, Dios mío. Lo siento.

No sé qué es peor; que esté tan desesperada que me pusiera cachonda oyendo a un hombre hacer ejercicio o que él pudiera oír al gilipollas con el que estaba saliendo practicando sexo con otra mujer a través de la pared. Ojalá el suelo se abriera y me tragara.

—Oye, puedes entrar.

Todavía estaba remoloneando en la entrada de la cocina.

—Gracias. Aquí estoy bien.

—Dame solo un minuto y te traeré algo que puedas ponerte. Mi hermana pequeña viene mañana para quedarse conmigo y fui corriendo a por su helado de Ben & Jerry de sabor Hazed and Confused.

Esbozo una sonrisa.

—Qué bonito.

—De eso nada. Tengo un motivo oculto. Si le pongo un cuenco de esa porquería, se está callada durante diez minutos enteros. Tiene quince años.

Una vez más, la comisura de su boca amenazó con esbozar una sonrisa torcida. Por alguna razón, todas esas sonrisas frustradas hacían que tuviera ganas de ver una sonrisa de verdad.

—Hazed and Confused no es ninguna porquería. —dije, defendiendo a mis buenos amigos Ben & Jerry.

—¿Sabes cuánto azúcar contiene eso?

—Lo suficiente para que esté delicioso.

—No tengo ni idea. Yo no como helado.

Abrí los ojos como platos.

—Justo cuando empezaba a tranquilizarme y a fiarme de ti, ¿vas y dices algo tan escalofriante?

Su comisura se crispó de nuevo, meneando la cabeza a continuación y soltando una risita.

—Si no comes helado, ¿qué haces cuando rompes con alguien?

Smith se encogió de hombros.

—Supongo que hago ejercicio.

—Pues parece que últimamente has tenido muchas rupturas. —Pensé que no lo había dicho en voz alta, pero al parecer no fue así.

Él enarcó las cejas.

La sinceridad de la conversación hizo que empezara a sentirme yo misma. Por desgracia, mi yo normal no tiene filtros.

—Lo siento. No he podido evitar fijarme. Es decir, vas por ahí descamisado

y todo eso. Exhibiéndote.

Una oleada de placer me asaltó cuando la sonrisa de verdad hizo por fin acto de presencia. Y menuda sonrisa. Dientes perfectos, labios carnosos, que se curvaron hacia arriba, en dirección a sus ojos azul oscuro, y unos marcados hoyuelos. Joder. Me pregunto si gruñe cuando...

Smith enarcó una ceja.

—Yo te he visto con menos ropa y creo que no has roto con nadie en años.

Me gustó el cumplido, sí, señor. Al menos alguien tenía que apreciar los cuatrocientos dólares que me había gastado en la lencería que llevaba puesta debajo de su enorme camiseta.

Pero entonces me di cuenta de que se equivocaba. Había tenido una ruptura recientemente. Hacía solo unos diez minutos.

—En realidad, mi última ruptura ha sido hace solo diez minutos.

Smith asintió con entusiasmo; la pieza del puzle que había estado intentando descubrir por fin encajaba. A continuación volvió a abrir el congelador que acababa de cerrar y sacó el helado de su hermana, sirviéndome un generoso cuenco. Con una sonrisita, lo deslizó sobre la mesa hacia mí, junto con una cuchara.

—Siéntate y come.

—¿Y qué pasa con tu hermana?

—Me dará la tabarra, pero sobrevivirá.

Exhalé un suspiro. Y acto seguido me senté y agarré el cuenco. Después de la nochecita que había tenido hasta el momento, lo necesitaba de verdad.

Smith se apoyó contra la encimera de la cocina, cruzando los brazos sobre su torso cuajado de músculos, y me miró mientras comía. De hecho, parecía estar disfrutando.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó con cautela.

—En realidad no.

Él asintió.

—¿Por qué un tío me invita... a media docena de cenas caras y no intenta nada conmigo? ¿Y luego se tira a otra cuando voy para dar el primer paso? —Supongo que cambié de opinión y que en realidad sí quería hablar del tema.

—Parece que el tío con el que sales es un gilipollas.

—El tío con el que salía —le corregí.

—Parece que el tío con el que «salías» es un gilipollas.

—Es una pena que no lo descubriera hasta que he hecho el ridículo. —Me

metí en la boca otra cucharada hasta los topes del divino consuelo para rupturas.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Te he visto. Él se lo pierde, eso está claro.

Me sonrojé.

—Gracias. Pero es que no lo entiendo. ¿Por qué me invita a salir y luego se acuesta con otra mujer? Tú eres un hombre, ¿en qué estaba pensando?

—Yo no me parezco en nada a él.

—¿Conoces a Evan?

—No.

—Entonces ¿cómo sabes que no te pareces a él?

—Porque si hubieras venido aquí así vestida, no habrías salido de mi apartamento en tres días.

Ooooooh. «Buena respuesta.» Meneé la cabeza, intenté disimular mi sonrisa y metí la cuchara hasta el fondo otra vez.

—Tengo que dejar de salir con gente que conozco en el trabajo. Nunca sale bien.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogada. Él era el abogado de la parte contraria en un caso que estaba llevando.

—Con que abogada, ¿uh? —Atisbé cierta decepción en su voz.

—¿Tienes algún problema con los abogados?

—En absoluto. —Se encogió de hombros—. Pero es posible que le intimidaras.

—¿Por qué dices eso?

—Seguro que tienes un espejo, cielo. No debería costarte mucho entenderlo. Es más fácil para un hombre cuando es más guapo, más listo o tiene más éxito.

—Qué anticuado.

Smith se encogió de hombros.

—Es posible. Pero eso no significa que no sea verdad. Una mujer como tú elige a un hombre con seguridad.

—No es que le defienda, ya que lo que de verdad deseo ahora mismo es atropellarlo con mi coche. Y después pasar otra vez por encima y volverlo a atropellar. Pero Evan es un hombre seguro de sí mismo. Me he enfrentado a él en la sala del tribunal.

—Eso es trabajo. Hace que sea más fácil olvidarse de que eres una mujer.

—Pero ¿tú quién eres? ¿La Dear Abby* del mundo del boxeo?

—Digo lo que veo. Da igual cuáles sean sus razones. Tu ex es imbécil. Podría estar haciendo que mis paredes se sacudieran con una mujer que lo tiene todo.

El aleteo en mi estómago me pilló por sorpresa.

—Bueno, para ser un hombre que lo sabe todo, no veo ni rastro de una mujer por aquí.

Contemplé los anodinos colores de la cocina a mi alrededor. Estaba claro que se trataba de la casa de un soltero.

—No salgo con nadie cuando entreno.

—¿Por qué no?

—Me gusta mantenerme concentrado.

—¿Cuánto tiempo entrenas?

—Unos cuantos meses. El próximo combate es dentro de dos semanas.

—Parece que tu sequía dura casi tanto como la mía —dije entre dientes.

Smith enarcó una ceja, sorprendido por mi confesión.

—¿Hace mucho?

—No puedo creer que esté teniendo esta conversación con un completo desconocido. Pero, sí, se puede decir que hace mucho.

—No soy un desconocido. Ya te he visto el culo. Por lo general me cuesta al menos una cena conseguir eso. —Me guiñó el ojo.

Puse los ojos en blanco, pero en realidad me lo estaba pasando bien.

—¿No... ya sabes... no te sientes frustrado a veces al tener que guardar abstinencia durante meses?

—La frustración es buena para un boxeador. Te permite dedicar tus energías a otra cosa.

—A lo mejor debería empezar a practicar kick boxing.

—¿Nada de vibradores? —preguntó con tanta naturalidad como si me hubiera preguntado la hora. Yo me ruboricé—. Te has sonrojado.

—De eso nada.

—Así que eso que veo en tu cara ¿no es un tono rosado?

—No. Claro que no. —Y no mentía, pues para entonces el tono ya debía de ser granate.

Me terminé el helado y llevé el cuenco vacío al fregadero. Sentía sus ojos fijos en mí todo el tiempo mientras fregaba. Dado que necesitaba más tiempo

para que el rubor desapareciera de mi cara, el cuenco estaba limpio como una patena cuando terminé con él.

Smith me observaba con una intensidad que me ponía nerviosa. Los hombres no solían ponerme nerviosa. Mi madre me ponía nerviosa cuando me miraba... porque era la única persona que siempre me calaba bien a pesar de la cara que mostrara a otras personas.

Crucé los brazos a la altura del pecho, imitando su postura, y le miré a los ojos.

—Sí, tengo un vibrador. Pero no es lo mismo.

—Los hombres de todo el mundo se alegrarían de oír eso.

Su comentario me hizo sonreír.

Hasta que lo oí.

Golpes.

En la pared.

Procedían del apartamento de al lado.

El apartamento de Evan.

No eran muy fuertes, pero sí constantes, y el chirrido de la cama se les unió un minuto más tarde mientras Smith y yo nos mirábamos.

Entonces llegaron los gemidos. De ella. La chillona.

Era agradable saber que Evan no había perdido el tiempo pensando en mí después de que saliera corriendo de su apartamento. A fin de cuentas, les había interrumpido en la ducha, así que seguramente tenían asuntos que atender.

—¡Oh, Evan! —La voz se oyó alto y claro a través de la pared.

Smith y yo nos miramos.

Aquello subió de volumen.

—¡Oh, Evan!

Una vez más, la comisura del labio de Smith se crispó. La noche entera había sido hilarante, pero Smith estaba intentando mantenerse serio por mí.

La primera carcajada de verdad fue la mía. Empezó como una risita. Luego Smith se unió a mí. Un maravilloso sonido profundo y gutural que me hizo sonreír de verdad. Y a continuación nuestras carcajadas pasaron a ser un ataque de risa. Estuvimos partiéndonos durante diez minutos, entre los intermitentes «Oh, Evan» de la mujer.

Con sinceridad, fue el desahogo que necesitaba. Vale, puede que no fuera el desahogo que necesitaba. Pero sí era lo que necesitaba en ese momento

concreto.

—Folla como un conejo —dijo Smith, y ambos volvimos a partirnos de la risa.

Un poco más tarde, Smith me dio una camiseta y unos pantalones de chándal. Prometí que se los devolvería, pero me dijo que no era necesario. No me cabía la más mínima duda de que iba a dormir con ellos puestos y que no iba a lavarlos en mucho tiempo. Olían a él. Y me gustaba. Me habría gustado aunque no tuviera un cuerpo que te hacía babear y no me hubiera dado la camiseta literalmente de su cuerpo.

—Gracias. Por todo. —Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

—Tienes mi puerta abierta siempre que quieras corretear por ahí vestida con encaje negro. —Esbozó una sonrisa, amarrándose al marco de la puerta abierta mientras esperaba a que me alejara.

Por extraño que parezca, me costó hacerlo.

* * *

Superar lo de Evan me costó mucho menos tiempo del que había imaginado. Claro que he revivido aquella noche una y otra vez durante las últimas semanas. Pero resultó que cada día pensaba menos en la vergüenza por lo de Evan y más en Smith, su vecino sexi.

Hoy he visto a Evan en el juzgado. He ignorado los mensajes de texto que me ha enviado todos los días desde aquella noche. Ni siquiera me he dignado a responder a sus gilipolleces. Aunque tenía el orgullo herido, me di cuenta de que me había infravalorado con Evan Little. Tal vez su currículum fuera todo lo que yo quería, pero estaba dispuesta a conformarme pese a que era evidente que no había surgido la chispa.

Desde luego no volveré a cometer otra vez el mismo error. Había pasado menos de una hora con Smith y, sin embargo, me había abierto bien los ojos. Quería un hombre que me hiciera sentir. Uno hombre que le comprara a su hermana su helado favorito y que se sintiera cómodo hablando de mi vibrador al momento siguiente. Un hombre que se quitara la camiseta del cuerpo para dármela a mí.

No suelo ser una acosadora... en serio, no lo soy. Pero la curiosidad pudo conmigo. Hoy en día puedes averiguar muchas cosas de la gente a través de Google. Sobre todo de alguien conocido como Smith. Cuando me dijo que era

boxeador, se olvidó mencionar que iba directo a un combate por el título. Si ganaba su siguiente combate, tendría la oportunidad de optar al título de los pesos medios. Aquello parecía muy importante, aunque yo jamás había visto un combate de verdad. Mis conocimientos de boxeo se limitaban a *Rocky*, de la primera a la cuarta película.

Tal vez el momento fuera de lo más inoportuno, pero decidí que no iba a dejar que una mala experiencia me arruinara para siempre. No, era una luchadora. Igual que Smith. Además, seguía necesitando desesperadamente un buen revolcón.

Así que me sujeté bien las bragas y me armé de valor. Bueno, es una metáfora, ya que no llevaba bragas, y volví a subirme al caballo. Espero que esto último no sea una metáfora.

El ascensor sonó al detenerse despacio en la planta veintidós. Eran casi las diez de la noche. El combate de Smith había tenido lugar a las tres y esperaba que ya estuviera en casa. En casa y solo, con suerte. Porque no podría pasar por aquello una segunda vez.

Me sobrevino una sensación de *déjà-vu* cuando llamé a la puerta. El pasillo estaba en silencio; lo único que se oía era mi agitada respiración. ¿Y si había malinterpretado la velada entera aquella noche? No se podía decir que mi estado mental fuera el mejor.

Llamé a la puerta.

Y esperé.

Nada.

Llamé con más fuerza con los nudillos por segunda vez.

Pero tampoco nada.

Desanimada, me di la vuelta para marcharme.

Puse un pie delante del otro y entonces me detuve en seco. Tenía que intentarlo una última vez. Agarré el pomo de la puerta y me vi gratamente sorprendida cuando este giró.

—¿Smith? —dije en voz queda en la habitación a oscuras.

Estaba a punto de dar media vuelta, cuando el sonido del agua llamó mi atención. Aquello no podía pasarme dos veces, ¿verdad?

Me serené e inspiré hondo, desabrochándome el cinturón. Dejé que mi nueva gabardina larga cayera al suelo. Ataviada solo con unos zapatos rojos de tacón de aguja de casi trece centímetros, di varios pasos hacia el cuarto de baño.

La puerta estaba abierta una rendija.

—¿Smith?

—Ya era hora, joder. —Su voz grave y sensual resonó desde la ducha—. He esperado dos semanas; ahora mete aquí ese culito tan sexi.

No tuvo que pedírmelo dos veces.

Pasamos la noche entera dando placer al cuerpo del otro. No hubo un primer beso dulce e indeciso que diera paso a un ardiente frenesí. Desde el momento en que nos tocamos, las llamas de la pasión nos devoraron a ambos. Smith se enrolló mi largo cabello en la mano y dirigió mi boca hacia el lugar donde quería sentirla. No podría haber sido más perfecto.

Nos entregamos por entero, sin prisas, dedicando horas a desahogar meses de frustración. Los dos estábamos por completo saciados cuando nos quedamos dormidos por fin, con el sol de la mañana derramándose por la ventana.

La tarde siguiente empezó del mismo modo en que lo habíamos dejado, con Smith dentro de mí. Apenas me había despertado cuando le sentí presionando de nuevo contra mi entrada. Al parecer, ninguno de los dos conseguía saciarse.

—Vamos, deja que te invite a cenar —dijo cuando me gruñó el estómago al final de la tarde.

—¿No deberías haberme invitado a cenar antes de que yo dejara que te acostaras conmigo? —bromeé.

—Parece que hacer las cosas al revés nos funciona. Te vi el culo antes de verte la cara. Era de lógica que estuviera dentro de ti antes de que compartiéramos una comida. —Me dio una palmada en el culo y retiró la sábana cuando se levantó con energía de la cama.

Al cabo de diez minutos estábamos vestidos; yo con otra de sus camisetas y unos pantalones cortos. No era el atuendo más atractivo, pero hacía juego con la sonrisa que se dibujaba en mi cara.

—Espera, que me he olvidado del móvil —dije, volviendo a entrar de nuevo en el apartamento. Oí voces amortiguadas mientras inspeccionaba el dormitorio para ver dónde había caído.

—Tío, estoy celoso. Mis paredes no han parado de sacudirse toda al noche. Me quedé paralizada al oír la voz de Evan.

Después de inspirar hondo, abrí la puerta y observé la sorpresa en la cara de Evan cuando me vio.

—Sí que deberías estar celoso. —Smith me rodeó los hombros con el brazo—. Nunca sabrás lo que te has perdido, gilipollas.

* Juego de palabras con respecto al apellido del hombre. *Little* en castellano significa «pequeño».
[Nota de la traductora.]

* Pauline Phillips, más conocida como Dear Abby, fue célebre en Estados Unidos por su columna a modo de consultorio familiar y social y por su programa radiofónico entre las décadas de 1950 y 1970.

© 2019, Vi Keeland

Primera edición en este formato: abril de 2019

© de la traducción: 2019, Nieves Calvino Gutiérrez

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-16-9

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.